



UN LUGAR
ESCONDIDO



KATHERINE
WEBB

bovéda

Título original: *The Hiding Places*
First published in Great Britain in 2017 by
The Orion Publishing Group, London.
An Hachette UK Company

Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Todos los personajes de este libro son ficticios, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas son pura coincidencia.

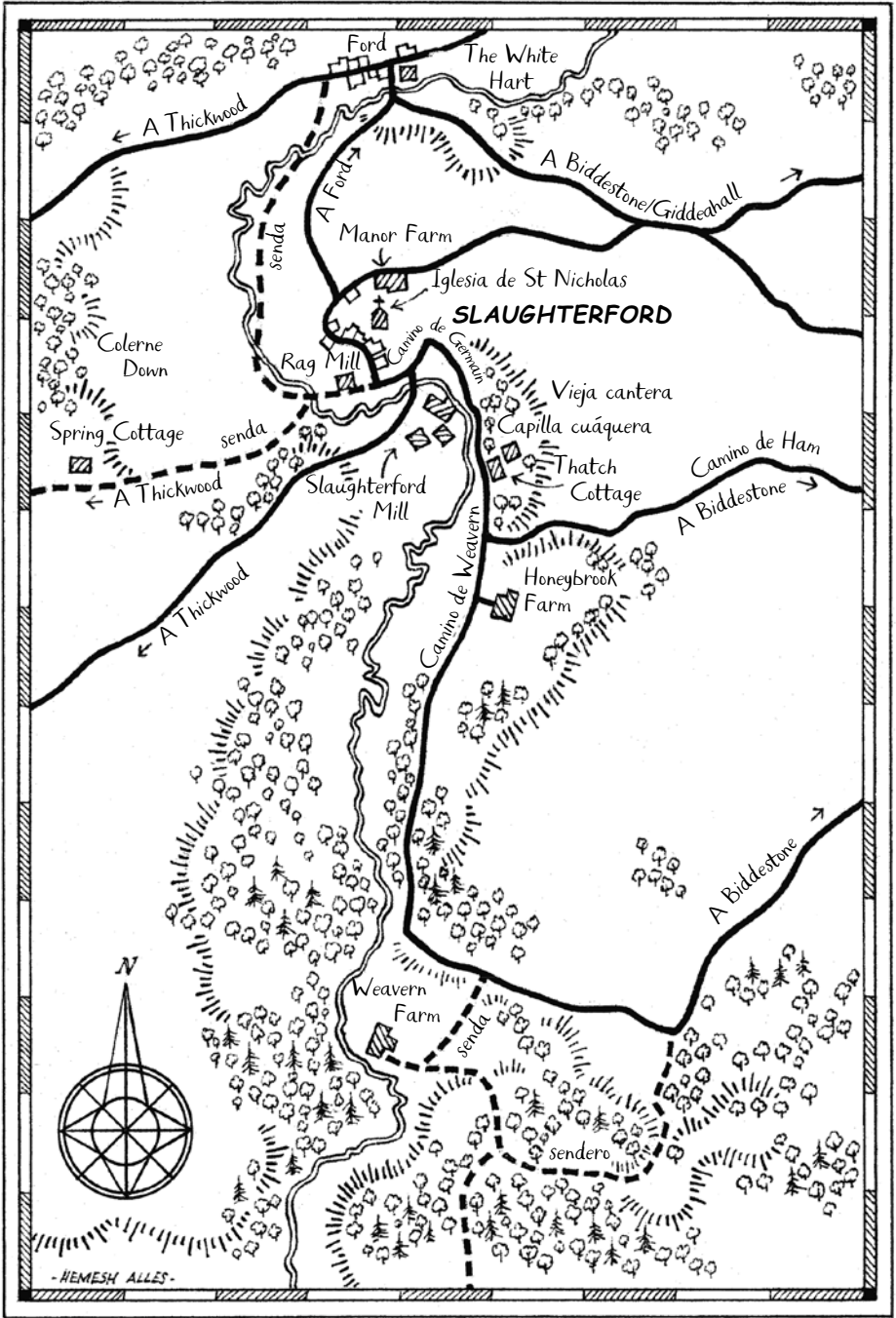
Primera edición: 2018

© Katherine Webb, 2017
© traducción: Valentina Reyes, 2018
© de esta edición: Bóveda, 2018
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-16691-82-1
Depósito legal: SE. 1091-2018
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

LO PRIMERO	11
1. TRES CHICAS	13
2. LA MUÑECA	31
3. HIJA DE LA NATURALEZA	69
4. TOCADA.	109
5. EL CAMBIO	153
6. ALIADAS	213
7. LAS RAÍCES DE LAS COSAS	261
8. MÁS HONDO AÚN	341
9. CALLEJONES SIN SALIDA	383
10. DOS CONFESIONES	433
11. LOS COMIENZOS	465
NOTA DE LA AUTORA Y AGRADECIMIENTOS	483



LO PRIMERO

EL DÍA DEL CRIMEN EL CIELO DE SLAUGHTERFORD BAJÓ —casi hasta las copas de los árboles— y se deshizo en lluvia. Una abundante y torrencial lluvia de verano, la primera que caía en semanas. Todos los del pueblo afirmaba que, al despertar y encontrarse con aquel tiempo, ya supieron que algo muy malo ocurría. Era gente supersticiosa, inclinada a ver señales y portentos en todas partes, y a sospechar lo peor de todo el mundo. Sid Hancock, que se encontraba en Honeybrook Farm, juraba haber visto que el By Brook corría rojo. Muchas cabezas asentían, pesarosas, aunque el asesinato no ocurrió tan cerca de la orilla como para que la sangre llegara hasta el agua. Woolly Tom, que tenía un rebaño de ovejas en un pequeño terreno de la cumbre de la colina, decía que había sabido que se avecinaba una muerte cuando una de sus ovejas parió un cordero de dos cabezas por primavera. Desde entonces llevaba consigo a todos lados una pata de conejo seca por si la sombra de la mala suerte intentaba alcanzarlo. La muerte era algo bastante corriente en Slaughterford. Pero no esta clase de muerte.

Lo que más inquietaba a la gente era la absoluta *inocencia* de la víctima. A nadie se le ocurría una sola cosa mala que decir de ella y nadie recordaba que hubiera hecho nada cruel o vergonzoso. Había en aquello una *injusticia* que los desconcertaba. Una enfermedad grave podía ocurrir en cualquier momento, igual que un accidente mortal. Precisamente el año anterior Ann Gibbs, de seis años, se había subido a las piedras amontonadas —que estaban puestas justo para que nadie se subiese— y se había caído al pozo del final del camino de Ford. Se ahogó porque su hermano le había contado que dentro vivían las hadas. Los síncope, la gripe y las apoplejías se cobraban su cuota anual de seres queridos, pero si llegaba tu hora no había más que hablar. Abundaban la tragedia y la mala suerte, pero que a uno de ellos lo mataran con tal ensañamiento, sin motivo alguno... eso no era natural, la verdad. Era gente que trabajaba la tierra y les costaba aceptar lo que no fuera natural. Dirigían la conmoción del asesinato a las rocas que tenían bajo los pies, como si fueran pararrayos. Y todos se preguntaban si semejante acto de violencia no acabaría, necesariamente, en otro.

TRES CHICAS

LA VÍSPERA DEL DÍA EN QUE TODO COMENZÓ PUDDING SE detuvo un momento junto a la pequeña ventana de lo alto de la escalera y vio a su madre fuera, en el césped. Louise Cartwright estaba cerca de la tapia de atrás, mirando los empapados montecillos de hierba del pastizal que bajaba en pendiente por el valle, y jugueteaba con algo que tenía en las manos y que Pudding no veía. Era temprano, el sol aún no había rebasado el horizonte; el cielo lucía una pálida e inmaculada claridad, y parecía que aquélla iba a ser otra jornada calurosa. Pudding sintió el pequeño golpetazo de pavor que empezaba a conocer muy bien. Esperó un instante pero, al ver que su madre no se volvía ni se movía, siguió bajando la escalera, más despacio ya. Un suave ronquido salía de la oscuridad del cuarto de sus padres, donde su padre dormía aún. En otros tiempos él era el primero en levantarse por las mañanas. En otros tiempos habría echado carbón a la hornilla y puesto agua a hervir, y estaría afeitado y con el chaleco puesto antes de que Pudding y Donald bajaran dando traspiés a la cocina, frotándose los ojos para despejarse el sueño. Ahora por lo general Pudding tenía que entrar

a despertarlo, sintiéndose culpable cada vez que lo hacía. El sueño de su padre era como un letargo.

En la cocina de Spring Cottage reinaba más desaliño que antes: los cuencos de las repisas ya no estaban apilados por riguroso orden de tamaño; la guirnalda de lúpulo tenía un aspecto polvoriento; las migas que se habían quedado en las rendijas y las salpicaduras de grasa hacían que el olor a comida rancia flotara por todas partes. Donald esperaba sentado a la mesa de la cocina. No leyendo, ni reparando nada, ni haciendo una lista. Sólo sentado, esperando. Podía pasarse así el día entero si alguien no lo sacaba de su ensimismamiento y lo ponía en marcha. Al pasar por detrás Pudding le achuchó el hombro y vio que subía de las insondables profundidades de su interior para sonreírle. Le encantaba ver esa sonrisa: era una de las cosas de él que no había variado en absoluto. Pudding llevaba una cuenta en la cabeza: cosas de Donald que seguían igual; cosas de él que habían cambiado para siempre. Lo de *para siempre* era lo que más le costaba aceptar. Seguía confiando en que Donny se quitara aquello de encima, en que se levantara de la mesa con su antigua rudeza, lleno de energía, y le dijera algo como: «¿No quieres pan tostado con la mermelada, Pudding?». Desde que él volvió se habían pasado los dos primeros años observando, esperando a ver qué recuperaba. El primer año fueron unas cuantas cosas: el amor a la música; el amor a Aoife Moore; la fascinación por los mecanismos; el apetito... aunque a veces le costara trabajo tragar y terminara tosiendo. Pero en todo el año anterior no había aparecido nada más. Su pelo oscuro era idéntico: suave, brillante, rebelde. Absolutamente precioso. Y también estaba igual aquella curva irónica de su boca, aunque la ironía era una de las cosas que había perdido.

—Buenas, Donny —dijo Pudding—. Voy a ver un momento qué hace mamá y después desayunaremos un poco, ¿eh?



Le dio una palmadita en el hombro y estaba ya en la puerta trasera cuando él logró contestar.

—Buenos días, Puddy.

Sonó tan normal, tan parecido a su hermano mayor, que Pudding tuvo que inspirar hondo, hasta las mismas tripas, para mantenerse serena.

Cerró la puerta al salir y buscó con la mirada a Louise, con aquel terco optimismo que no podía contener. Confió en que su madre se hubiera movido, confió en que sólo hubiera estado cogiendo perejil para los huevos revueltos, confió en que estuviera volviendo del excusado y se hubiera parado a ver las liebres boxeando en el campo. Pero su madre seguía igual que antes, así que Pudding se distrajo fijándose en otras cosas. En que los pantalones de montar empezaban a quedarle pequeños otra vez, porque la cinturilla se le bajaba en la espalda de modo que los tirantes se le clavaban en los hombros; en que uno de los calcetines se le caía y se le apelonaba, hasta sacarla de quicio, en el talón del zapato; en que la camisa le apretaba debajo de los brazos porque el pecho parecía crecerle por días, por mucho que ella no quisiera. Era como si la ropa le hubiera declarado la guerra, como si realizara comentarios continuos y superfluos sobre su desagradable expansión, hacia arriba y hacia fuera. El aire era de un frío cristalino, limpio y verde. Las pisadas que Louise había dejado por el rocío resaltaban, verde oscuro en lo plateado. Pudding acortó la zancada y fue pisando exactamente encima de ellas.

—¿Mamá? —dijo.

Había pensado hacer un comentario jovial para ignorar lo extraño de la escena pero no se le ocurrió nada. Louise volvió la cabeza bruscamente, sobresaltada. Por un momento su rostro no la reconoció. Aquel gesto inexpresivo, teñido de inquietud, iba convirtiéndose en lo que Pudding más temía. Le pareció que

casi no podía respirar. Pero entonces Louise sonrió y su sonrisa era sólo un poco vaga, un poco hueca.

—¡Pudding! Estás ahí, cariño. He estado buscándote —aseguró, y en sus ojos se apreciaba el esfuerzo por comprender, por intentar adivinar la verdad de sus palabras.

Pudding vio que no tenía nada en las manos. El continuo jugueteo era con el último botón de la rebeca amarilla. Su madre siempre empezaba por el de abajo pero esa mañana no había llegado a abrocharse ninguno más.

—¿Ah, sí, mamá? —repuso Pudding, obligando a su cerrada garganta a tragar saliva.

—Sí. ¿Dónde estabas?

—En ningún lado, arriba en mi cuarto. No te he oído llamarme. Venga —se apresuró a añadir antes de que esta invención tuviera tiempo de confundir a su madre—. Vamos adentro y pondremos a hervir el agua, ¿eh? ¿Hacemos una buena tetera?

—Sí. Eso es lo que necesitamos.

Louise dejó escapar un pequeño suspiro y dio media vuelta para volver junto a su hija. Las dos borraron sus huellas anteriores y las salpicaduras del rocío mojaron los calcetines de Pudding por los tobillos. Sin embargo, ella sintió una irresistible oleada de alegría cuando un escuadrón de vencejos atravesó veloz el cielo, expresando a gritos su contento, y al otro lado del valle las vacas lecheras de Manor Farm mugieron mientras las soltaban después del ordeño.

—¿Has visto liebres en el campo, mamá? —preguntó, temeraria.

—¿Qué? ¿Cuándo? —respondió Louise, y enseguida Pudding retiró la pregunta.

—Ah, nada. No importa.

Cogió el brazo de su madre y le dio un achuchón, y Louise le respondió con unas palmaditas en la mano.

Los dientes de león invadían el escalón de la puerta de atrás y había que vaciar el cubo de la ceniza; las grosellas negras se echaban a perder sin que las recogiera nadie más que los mirlos, que luego dejaban cagadas moradas en el sendero y por las ventanas. Cuando entraron en la cocina allí estaba el padre de Pudding, el doctor Cartwright, atizando el fuego y el cacharro del agua silbaba sobre el hornillo; se había peinado y vestido, aunque aún no se hubiera afeitado y todavía tuviera los ojos un poco soñolientos.

—Dos rosas, frescas de rocío y recién cogidas del jardín —dijo como saludo.

—Buenas, papá. ¿Has dormido bien?

Pudding puso el plato de la mantequilla sobre la mesa; abrió con estrépito un cajón para coger los cuchillos; sacó de la panera de loza el pan del día anterior.

—¡Demasiado bien! Deberías haberme despertado antes.

El médico frotó los brazos de su esposa al tiempo que le sonreía. Le apartó un mechón de pelo sin cepillar de la frente y le dio un beso allí, y Pudding desvió la mirada, avergonzada, feliz.

—¿Pan tostado, Donny? —preguntó Louise.

Pudding se fijó en que se había abrochado la rebeca, cada botón en su ojal correcto.

—Sí, por favor, mamá —contestó Donald.

Y mientras se organizaba el desayuno se movieron por la cocina, quizá no justo como siempre, pero sí en una versión de la antigua costumbre que resultaba totalmente familiar. Pudding pensó que su familia se extraviaba durante la noche. Se dispersaban como semillas de cardo, llevados aquí y allá por unas corrientes que ella no notaba, y que no entendía. Aunque comprendía que era tarea suya reunirlos de nuevo por la mañana. Y al tiempo que cortaba rebanadas de pan cantó un trocito de

«Morning Has Broken» con la peor voz posible para hacerlos sonreír.

Cuando Irene oyó el traqueteo de la bicicleta de Keith Glover el corazón le dio un vuelco y se le empotró de golpe en las costillas, y tuvo cuidado de no levantar la vista ni crisparse; en realidad, tanto procuró no manifestar la mínima reacción que se preguntó si su extraordinaria quietud no la delataría. Le parecía tener escrita su culpabilidad por toda la cara, con letras de un rojo vivo, para que Nancy la leyera; Nancy, con sus ojos de águila, que no se molestaba en ocultar su desconfianza respecto a cuanto Irene dijera e hiciera. Estaba frente a Irene en la mesa del desayuno, untando apenas una viruta de mantequilla en su tostada y mirando, ceñuda, cualquier trozo demasiado grande de piel que hubiera en la mermelada de naranja amarga. El sol sacaba los mismos reflejos de su pelo blanco, peinado hacia atrás y recogido en su habitual moño, que de la mesa de palisandro. Era menuda, delgada, dura como el hierro y tenía los diminutos pies cruzados a la altura de los tobillos. Sacudió la página del diario para estirla, leyó un momento y luego soltó un gruñido de mofa. Irene ya había dejado de esperar que aclarase nada, pero Alistair levantó la mirada, expectante. Cada vez que su tía soltaba aquel sonido él le echaba una ojeada, con una media sonrisa en la cara, esperando una explicación. Su optimismo parecía infinito y a Irene eso la llenaba de asombro. Su optimismo hacía que le brillaran los ojos por encima de las leves bolsas en que se asentaban y daba un aire más juvenil a su mediana edad; más juvenil incluso que los veinticuatro años de Irene, aunque él le llevaba casi quince. A ella le parecía haber envejecido un decenio en las seis semanas que llevaba en Slaughterford.



En el patio sonaron los tacones de unas botas; la tapa de latón del buzón chirrió. Irene clavó la vista en sus dedos, que sujetaban el asa de la taza de café, y los obligó a no temblar. El diamante de su anillo de compromiso y el oro amarillo de la alianza le devolvieron la mirada. Como de costumbre, tras la culpabilidad llegó el enfado: consigo misma, con Fin, con el intachable Alistair. Una oleada de intenso y ardiente enfado con la situación en que se encontraba, y con quienes la habían puesto allí, ella misma sobre todo. Rechazaba de plano su nuevo papel, aunque lo representara lo mejor que podía. El enfado se apagó tan rápido como había brotado y la desesperación apareció justo detrás. La desesperación como un pozo en el que se ahogaría si no había algo que la salvara, algo a lo que agarrarse. La boya salvavidas de una palabra, una señal, un detalle. Una prueba de que, aun cuando su infelicidad no terminara, al menos, no estaba sola. No tenía ni idea de lo que haría si llegaba a ver la letra de Fin en un sobre. Entonces no podría quedarse quieta... era probable que volara hecha pedazos. El estómago se le retorció, como si se le anudara. Irene permaneció absolutamente inmóvil.

—Bueno, parece que hace otro día precioso —dijo Alistair de pronto.

Irene le echó una ojeada sorprendida y vio que él le sonreía. Procuró que su cara respondiera y no supo si se movía o no.

—Sí —repuso.

Zas, zas, zas, corrieron los ojos de Nancy: de Alistair a Irene y vuelta a Alistair.

—¿Qué planes tienes, cariño? —le preguntó Alistair. Puso la mano sobre la de ella en la mesa y la taza de café de Irene repiqueteó cuando sus rígidos dedos la soltaron.

—Oh, no... no lo había pensado.

Irene oyó que Florence se acercaba por el pasillo hacia la habitación del desayuno: sus pasos leves, como pidiendo disculpas, en el suelo de madera. La chica tenía los ojos pequeños y vivos, y la nariz puntiaguda de un ratón, algo que se ajustaba bien a su personalidad. El corazón de Irene se zafó de su control y, de un salto, se le encajó en la garganta.

Florence llamó bajito a la puerta, entró con las cartas en una bandeja, las puso en la mesa junto al codo de Alistair e hizo una torpe reverencia antes de marcharse. Alistair las repasó rápidamente: cuatro sobres. Irene estaba sin respiración. Luego las cogió, las igualó y se las metió en el bolsillo de la chaqueta al tiempo que se levantaba.

—Pues bueno, que disfrutéis las dos del día. Volveré a la hora del almuerzo... Si hace tan bueno como ayer, deberíamos tomarlo fuera en la terraza.

Apartó la silla con cuidado y volvió a sonreír a Irene. Parecía tener una reserva inagotable de sonrisas, igual que de optimismo, mientras que Irene creía que a ella ambas cosas se le habían agotado. Todo el rostro de Alistair estaba dispuesto para sonreír: aquella ternura de sus ojos, y la curva ascendente de sus labios y mejillas. Sin la sonrisa, a su cara le faltaba algo.

—Podrías visitar a la señora Cartwright, a ver cómo está.

—¿La señora Cartwright?

—Sí, la esposa del médico. Ya sabes. La madre de Pudding y Donald.

—Sí, desde luego.

Irene sabía que debería estar aprendiéndose todos esos nombres y relacionándolos con rostros: el carretero, el herrero, la esposa del párroco, la mujer que regentaba la tienda y su hijo, que traía el correo. Sabía que en un pueblo tan pequeño como Slaughterford era imperdonable no saberlo. Daba la impresión de que había hecho muchas cosas imperdonables últimamente



pero, en aquel preciso instante, no se veía capaz de hacer una visita a la esposa del médico: una absoluta desconocida y, según recordaba vagamente que le habían contado, inválida. No tenía la menor idea de qué debía decirle. Pero entonces Alistair se marchó e Irene se quedó de nuevo sola con Nancy. El largo día se abría como un bostezo ante ella, un vacío que había que llenar. Alzó la vista hacia la tía de su marido sabiendo que Nancy estaría observándola, juzgándola sin disimulo, ahora que Alistair no la contenía. En efecto allí estaban la mirada astuta, las cejas arqueadas, la media sonrisa burlona. Nancy era una parte especialmente cruel de la penitencia de Irene. Ya había cumplido los setenta pero estaba delgada y bien conservada; las arrugas de su cara eran finas, suaves, elegantes. Cuando Alistair le contó a Irene que su tía vivía con él en Manor Farm ella se imaginó una casita aparte, y a una simpática brujita que ocupaba el tiempo haciendo arreglos florales para la iglesia y dando almuerzos de caridad. Al menos, un ala independiente de la casa. No este continuo filo cortante en todas partes adonde iba, aguardando para herirla. Cuando le hizo a Alistair un comentario sobre aquello, sobre ella, a él pareció dolerle.

—Mi madre murió el día que yo nací, Irene. Nancy me crio como si fuera suyo, es lo más parecido a una madre que tengo. No sé cómo se las habría arreglado mi padre si no hubiera estado aquí con él. En fin, no se las habría arreglado.

Irene volvió a coger la taza de café, aunque no tenía la menor intención de beberse el contenido. Estaba helado y con una telilla encima. Finalmente Nancy dobló el periódico y se puso de pie.

—De verdad, Irene, querida, debes comer algo —dijo en tono despreocupado—. Tal vez en Londres haga furor dar la impresión de que se está a las puertas de la muerte, pero aquí vas a hacerte notar muchísimo. Cualquiera pensaría que no eres feliz... algo inconcebible en una recién casada, por supuesto.

Siguió mirándola fijamente unos instantes más, aunque Irene sabía que no esperaba respuesta. Inconcebible, imperdonable... Muchas palabras nuevas para describirse a sí misma y para que los demás la describieran.

—Ahora eres una Hadleigh, jovencita. Y los Hadleigh marcan la norma aquí —declaró Nancy, dando media vuelta para marcharse.

Sólo cuando hubo cerrado la puerta al salir bajó Irene la barbilla y dejó que sus manos cayeran, inermes, en su regazo. El silencio de la habitación del desayuno era ensordecedor.

Martín pescador, lavandera, herrerillo, escribano. Clemmie tenía en la cabeza una lista de pájaros que casi se convertía en un sonsonete al andar, siguiendo el ritmo con los pasos y resollando, mientras subía. «Martín pescador, lavandera, herrerillo, escribano». El sol del amanecer era una llamarada magnífica en sus ojos y el sudor le picaba por debajo del pelo: los alborotados rizos casi blancos, muy parecidos a los de su madre, que desafiaban cualquier intento de orden. Subía por el estrecho sendero que atajaba entre los setos del prado de Weavern Farm hasta el camino que bajaba a Slaughterford. Por la mañana temprano el sendero resultaba tolerable. Por la tarde retenía el sol, y era un hervidero de mosquitos y tábanos, así que volvía bordeando el río: el camino más largo y sinuoso, pero el más fresco. Los setos ya estaban llenos de escaramujos, cargados de flores y crías de pajarillos; las vacas de su padre arrancaban la hierba a ambos lados. Clemmie las oía, y olía su agradable y verde hedor. «Martín pescador, lavandera, herrerillo, escribano». Las botellas de leche y los quesos de las cestas que llevaba colgadas de los hombros sonaban al balancearse. El balancín era casi demasiado an-



cho para el sendero; el perejil de monte le daba en los brazos, y las dedaleras, que se mecían cabeceando con el peso de las abejas, y las clemátides silvestres.

Sus padres ya no se molestaban en encargarle que volviera de los recados sin entretenerse; Clemmie regresaba cuando regresaba, más pronto o más tarde según el tiempo que pasara con Alistair Hadleigh, o mirando el río, o perdida en sus fantasías. Por lo general intentaba apresurarse: sabía que siempre había trabajo que hacer. Pero, aunque echara a andar rápido, tendía a ir más despacio junto al agua, o en el bosque. A veces veía cosas que la detenían y la dejaban ensimismada, y ni siquiera se daba cuenta... ni siquiera se daba cuenta de que había pasado el tiempo hasta que se fijaba en la altura del sol en el cielo, o en cómo sus hermanas hacían visajes cuando por fin llegaba a la casa y la saludaban con diversos grados de rencor, dependiendo de la hora, y diciendo: «Aquí está nuestra bobita bonita», si no la habían necesitado, o «Vaya facha que traes», en caso contrario. Pero Clemmie paseaba. Tenía que pasear. De modo que le encargaron llevar la leche a la cantina del molino, aunque sabían que quizá la perderían de vista durante horas. Como los otros rebaños lecheros de la zona, más grandes, Manor Farm, que poseía también el molino papelerero, vendía la leche por galones a las fábricas de mantequilla y leche condensada, y del suministro local se encargaba el rebaño más pequeño de Weavern.

—Por lo menos ese mandado lo hace —decía su padre con tristeza. Dos veces por semana él salía en el carro al amanecer para llevar el grueso de la leche, el queso, la mantequilla y los huevos al mercado de Chippenham.

Las moscas describían círculos a la sombra del camino de Germain a pesar de lo temprano de la hora; en el aire flotaba el denso hedor de los ajos de oso podridos y el almizclado follaje de las anémonas silvestres. El camino de tierra blanca bajaba

por la boscosa ladera noroeste de la colina que Clemmie acababa de subir y salía del hundido rincón que cobijaba a Weavern Farm, evitando varios grandes meandros del río By Brook. Clemmie echó hacia atrás la cabeza para mirar los desgarrados fragmentos de cielo, intensamente azul, que asomaban más allá de las ramas. Una forma oscura rondaba por allí; añadió «águila ratonera» a la lista matinal y luego, «ardilla» cuando una saltó entre los árboles en lo alto: un ágil relámpago de pelaje rojo vivo. Hayas y robles y olmos; un frondoso dosel nuevo que había provocado que las flores de primavera se secaran. Sólo quedaba la madreSelva, trepando por un joven olmo y florida entre las ramas más elevadas. Cuando siguió andando en sus ojos quedaron impresos retazos de cielo radiante que medio la cegaban.

Clemmie había recorrido este camino, y cargado el pesado balancín sobre los hombros, más veces de las que podía contar, pero cuando Slaughterford Mill aparecía al fondo de la cuesta siempre la obligaba a pararse y mirar. Un conjunto de edificios y cobertizos acurrucados junto al río; la alta y humeante chimenea; el monótono ruido de la máquina de hacer papel: un golpe sordo que se metía en el suelo y le subía después por los pies. Al atravesar la pequeña pasarela sobre el río oyó el estruendo de la noria de alimentación, escondida en su foso bajo tierra. El súbito olor a metal y a vapor y a grasa, a hombres y a ladrillo y a trabajo, tan distinto a cualquier otra cosa del mundo. Y también había un motivo nuevo que hacía que le hormigearan los sentidos ante el molino. El muchacho. A lo mejor doblaba una esquina y lo divisaba, y Clemmie sabía que en ese momento sus pensamientos se dispersarían y, a la vez, se concentrarían; en él, excluyendo todo lo demás. No podía olvidar lo que había hecho y quería verlo tanto como no quería, así que, confusa, se detuvo un momento a escuchar la rueda, inclinando la frente sobre el muro para sentir su continuo redoble y el estrépito del agua vi-



brando dentro del cráneo. Seguía allí cuando el capataz pasó por casualidad y la interpeló.

—Despierta, zagala, y quita esa leche del sol.

Sonrió amable bajo los anchos bigotes, más rojos que el resto del pelo y tupidos como el hopo de un zorro. Clemmie se fiaba de este hombre. Nunca se le acercaba demasiado, ni intentaba tocarla. Hizo lo que le decía y entró en el patio, pero aquello la turbaba: aquel estar pendiente, aquel observar; aquella esperanza de encontrar. Era la primera vez que lo hacía; lo que le gustaba era ver, sencillamente, no mirar.

Sólo unas pocas mujeres trabajaban en el molino, en la cantina y en la sala de los sacos, un edificio largo y bajo situado cerca de la orilla. Dentro estaba impecable, aunque helado en invierno: tablas de olmo limpias en el suelo y bancos de nogal encerado; ni una sola gota de aceite de máquina o de tinta por ningún sitio que pudiera estropear el papel, ya terminado, mientras lo cosían y encolaban hasta convertirlo en fuertes bolsas para el azúcar, la harina, el sebo. En verano olía maravillosamente a cera de abejas, algodón y madera, pero la verdad es que a Clemmie no la dejaban entrar, y menos con los pies mugrientos y el bajo de la falda lleno de barro. Dos operarias iban a empezar a trabajar cuando ella pasó y una la saludó con la mano: la morena Delilah Cooper, presente en los recuerdos de Clemmie por las largas horas compartidas en la escuela de amiga de Slaughterford, cuando apenas tenían edad para andar. Una vieja de cara avinagrada las custodiaba en su casa a cambio de un estipendio; las tenía recogidas para que no molestaran durante la jornada laboral e incluso les enseñaba lo más básico del alfabeto, algunas canciones y rezos. El rostro de Delilah evocaba el olor de diez niños pequeños, metidos todo el día en una habitación; olor a gachas de avena aguadas y a manchas de tizne y al frío suelo de piedra. La otra la miró detenida y descaradamente

con aire receloso, pero a Clemmie no le importó. Le gustaban el ruido de arrastrar y el matraqueo que hacían los zuecos de las mujeres en el patio, y el golpe seco cuando se los quitaban de un puntapié junto a la puerta y seguían andando con las botas o los zapatos. Cerró los ojos para escuchar.

—Ésa no anda muy buena de la cabeza —dijo la del ceño fruncido.

Clemmie llevó la leche a la cantina y luego cruzó hacia la antigua alquería, una sólida casa de piedra a cuyo alrededor el molino papelerero había crecido y prevalecido como las ortigas sin atajar. Pocos recordaban ya Chapps Farm antes de la fábrica, y la alquería en que había nacido la tía abuela de Clemmie, Susan —de pronto, una mañana, en una estera de paja delante del fogón—, ahora albergaba las oficinas del molino, donde el capataz y su escribiente tenían sus mesas, y también Alistair Hadleigh, de Manor Farm, que era el dueño de todo. Era un hombre amable; a Clemmie le gustaba su cara, siempre lista para sonreír, y cómo saludaba con una inclinación de cabeza a los trabajadores y les hablaba cuando inspeccionaba su trabajo. Como si los respetara, aunque para Clemmie su riqueza hacía que pareciera un ser de categoría completamente diferente. El limpio rubor de su cara la fascinaba; era como si respirara un aire distinto. A veces ella seguía andando, cruzaba el patio y salía por el otro lado. Esa mañana subió la escalera de la vieja alquería y llamó a la puerta del despacho de Alistair. Él levantó la vista del escritorio, la frente marcada con arrugas de preocupación.

—Ah, Clemmie. Me pillas por sorpresa. ¿Habíamos quedado en dar clase? —preguntó, con aire vagamente aturdido.

Clemmie dio media vuelta para marcharse.

—No, no, pasa. Quince minutos no van a cambiar nada hoy.



Se levantó para cerrar la puerta. A Clemmie le llegó un poco del olor de su fijador y el perfume muy masculino que desprendía su chaqueta. Nadie más en Slaughterford tenía unas manos tan limpias como las suyas. La superficie del enorme escritorio quedaba oculta bajo montones y montones de papeles: algunos, muestras que hacía el molino, otros más finos y mecanografiados. Clemmie no habría sabido leer las palabras ni aunque hubiera estado dispuesta a intentarlo. Fue a su sitio de siempre junto a la ventana y se puso de espaldas al cristal. Le gustaba estar a contraluz, sabiendo que así no se le vería del todo la cara.

—Y bien —dijo Alistair, sentándose en el filo de la mesa—. ¿Has estado practicando?

Sin alterarse, Clemmie levantó un hombro para contestarle que no. Alistair ni se inmutó.

—Bueno, no importa. ¿Empezamos con los ejercicios de respiración que te enseñé?

La clase no salió bien. Clemmie balanceaba el peso del cuerpo de un pie a otro y deseaba no haberse tomado la molestia siquiera. No era buen momento; no se concentraba y se cansó pronto. Con gesto derrotado, Alistair le dio una palmadita en el hombro cuando se iba.

—Da igual —le comentó—. A su debido tiempo lo conseguiremos, Clemmie. Estoy seguro.

Nancy Hadleigh subía la escalera cuando Clemmie bajaba. De forma instintiva, ésta hurtó un poco el cuerpo, apretando los brazos a los costados, y evitó su mirada. Nancy era difícil y severa. Tenía una mirada como hecha de clavos de hierro y siempre hablaba cuando Clemmie ya había pasado, nunca le hablaba a ella.

—De verdad, Alistair, ¿qué esperas conseguir?—preguntó Nancy a la puerta del despacho.

—No hay razón alguna por la que esa muchacha no pueda hablar —contestó él en voz baja—. Sólo hay que enseñarle.

—No entiendo por qué tienes que ser tú el que lo haga.

—Porque nadie más quiere hacerlo, Nancy.

—Pues debes comprender que la gente anda diciendo que no sólo le enseñas a hablar, encerrados aquí juntos en tu despacho. Es poco prudente ponerte en el centro de tales rumores. Y menos ahora.

—Pero bueno, Nancy... Estoy seguro de que nadie piensa algo así.

—Dudo de que a tu flor de invernadero le pareciera bien, si lo supiera.

—Haces que parezca una inmoralidad, Nancy, cuando no es nada de eso.

—Bueno, sólo espero que no estés dándole ideas a esa muchacha, nada más.

Las voces se desvanecieron cuando se cerró la puerta y Clemmie, despreocupada, siguió bajando la escalera.

Se acercó a la tienda a recoger las cartas que hubiera para Weavern Farm; por lo común llegaban poquísimas. La tendera le daba algo —golosinas o queso o una manzana— por ahorrarle a su hijo la larga caminata hasta Weavern para llevarlas, y ese día Clemmie masticaba un caramelo cuando prosiguió su camino. Pero el muchacho... El muchacho... Se llamaba Eli y su familia era mala: los Tanner. Lo peor que comía pan sobre la Tierra, había dicho en cierta ocasión su padre, William Matlock, cuando les prohibió a todas sus hijas tontear con ninguno de aquellos muchachos. Un año llamaron a un Tanner para que los ayudara a segar el heno. Hizo varios intentos de arrinconar a una hermana de Clemmie, Josie, que por entonces tenía doce años y que al final acabó con una herida en el labio; cuando le dijeron que se fuera se marchó llevándose dos gallinas. Ahora a



William se le agriaba la cara peligrosamente sólo con oír hablar de un Tanner. Pero Clemmie no podía evitar pensar en lo que había visto hacer al muchacho... lo que había hecho por ella; no podía evitar imaginarse su rostro, tan en desacuerdo consigo mismo que ella no acababa de entenderlo todavía. Su instinto, que por lo general la dirigía bastante bien, ahora se quedaba ciego y no le servía de nada. El muchacho tenía sangre bajo las uñas y profundos arañazos en las manos. Olía a cerveza y a sudor, a algo duro y mineral, pero por debajo de aquello olía a algo mejor. Le había dicho su nombre, desafiante como si ella lo retara: «Soy Eli». Y luego ni una palabra más. El silencio había sido un clamor.

Pero el muchacho no aparecía por ninguna parte; si aquel día se encontraba allí, ya estaba dentro. A veces trabajaba en Rag Mill, el molino más pequeño, a poca distancia río arriba, donde se reducía a pulpa los trapos para la fábrica de papel. Clemmie recordaba haberlo visto con el peludo poni que llevaba el carro de pasta lodosa de un molino al otro. Dando tirones de la brida mientras el animal protestaba y torcía la cabeza; con la cara arrugada en un gesto de ira. Había muchísima ira en el muchacho... y eso se contradecía con lo que había hecho por ella. Clemmie miró hacia Rag Mill pero no tenía motivo para ir más arriba por el río. El olor a malta de la fábrica de cerveza Little & Sons, uno de sus preferidos, llegó hasta ella, pero abandonó el patio preocupada. La vuelta la haría por el lado occidental del río, entre los árboles. Allí no había sendero, pero conocía el camino. Clemmie se sintió observada cuando se marchaba; estaba acostumbrada a esa sensación y la reconocía enseguida: el peso de los ojos. Sin embargo, esta vez echó un vistazo a su alrededor e intentó ver quién la miraba; intentó ver si era el muchacho. *Eli*.